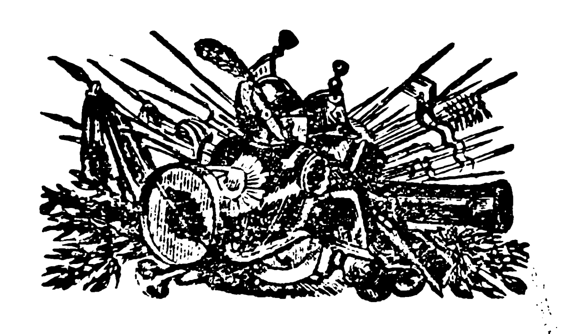
E. BACHINO

LOS ITALIANOS

EN

ABISINIA



MONTEVIDEO
Imprenta á vapor y Encuadernacion de EL LAURAK-BAT
CALLE DEL CERRITO, NUM. 84

1888

Italia en Africa

Mucho se ha escrito en toda la península italiana acerca de la Abisinia y sus costumbres, despues del desastre de Enero del año pasado, desastre en que murió la flor de las tropas expedicionarias, para honor de la bandera italiana y en provecho de la civilizacion moderna.

Tiempo hacia que las grandes conquistas estaban dormidas; el génio de Alejandro y el génio de César parecian haber abandonado la tierra, cansada de triunfos y cargada de laureles; solo, de vez en cuando, alguna invasion pacífica de los ingleses en la India, ó allá abajo, en la patria de los *boers*, venia á decirnos que el espíritu aventurero de otras edades no estaba muerto.

La conquista del Tonkin, realizada por la República francesa, conquista que costó la venida del cólera á Europa y la vida á muchos miles de soldados franceses, señaló nuevos rumbos á la raza latina y sirvió de estimulante á la Italia, que, con motivo de la posesion del Assab, llevó al seno ardiente del Africa, el valor de sus soldados, por cuyas venas todavia corre la sangre de Varo, el héroe infortunado y de Scipion, el vencedor de Anibal.

La guerra en Abisinia empezó mal [illegible] los italianos;

Massaua y Dogali, son parajes donde se vertieron rios de sangre; mas no por eso fué esteril la campaña.

La muerte de los heroes de Dogali es un hecho glorioso,—que nos recuerda al griego Leonidas, que solo con quinientos hombres, luchó contra cientos de miles de persas.

Los italos en Massaua lucharon del mismo modo, uno contra cien, y antes de morir, diez hombres, diez solamente, presentaron sus armas á los hermanos caidos, como póstumo honor, tributado á tanto heroismo.

Dogali, Massaua!! Estos dos nombres bastarian para reabilitar á un pueblo si ese pueblo hubiese caido, y en vez ser para la patria de Masini y Garibaldi una derrota, significan mas bien un triunfo imperecedero.

En el libro que vamos á leer y que dedicamos á la distinguida poblacion italiana residente en el Rio de la Plata, espondremos las aventuras de un grupo de compatriotas, desprendido de las fuerzas comandadas por el valiente General San Marzano, qne pronto pondrá término á la guerra, pues el *Negus* le ha pedido las paces.

Abisinia

Region ardiente, flor del desierto, como le llaman los árabes nómades, ha sido siempre codiciada. Ejipcios, sudaneses, pueblos del Oriente, razas del Occidente, desde los viejos tiempos se vienen disputando su posesion,

¿Qué autor antiguo no cita la Etiopía como region codiciada?

En ella crecen las palmas datileras, los baobads, los bosques seculares, las lianas tupidas, el café, el azúcar, el algodon, el arroz, la mirra, el espicanardi y las gramineas.

Hállanse asi mismo terrenos hulleros, depósitos de ámbar, minas de oro, hierro y plomo, salitreras inmensas y tambien piedras preciosas.

La Abisinia en estension territorial es mayor que el Egipto, y, como el, hàllase bañada por el Nilo Azul, que cobra vida en las entrañas de sus montes.

El Nilo plácido y sereno á veces, y á veces bramador, por saltar en lecho de piedra, la atraviesa y la fecunda;—el Tacazé y el Mareb, son rios secundarios.

Cinco países componen el imperio de Abisinia, que está gobernada, actualmente, por el rey Juan, y esos reinos son, á á saber: Amhara, Tigré, Samhara, Godjan y Choa;—cada uno tiene mas de un millon de habitantes; estos adoran á Mahoma, á Cristo, y profesan, además, el panteismo y el politeismo.

Assab es la causa del drama de Massaua y fué adquirido sin sangre.

Las calles mas notables de esta ciudad son: Dogali, Bianchi y Giulietti, nombres, todos tres, que recuerdan otras tantas desventuras italianas.

El escritor Levi dice de los Danakili, tribu muy conocida en la colonia de Assab: No roban nunca; los gobiernan con patriarcal justicia el Sultan y los Jefes de tribu, y estàn habituados á una especie de comunismo.

El matrimonio se verifica por grupos: diez hombres y diez mujeres;—marido nominal es el jefe; efectivos ... los otros.

Se considera adulterio cuando una mujer tiene trato venéreo con un hombre de otro grupo y en ese caso paga una cierta suma.

Gente fuerte, resiste al hambre y á la fatiga y cruza el desierto con un pedazo de pan y un buche de agua.

Para completar estos datos sobre Abisinia, vamos á tomar de un periódico francés la historia de Theodoro II, ó sea el Negus.

Theodoro II

En 1850, un guerrero abisinio, llamado Kassa, toma la ofensiva contra los egipcios que hacian á su pais una guerra de sorpresas.

Operaban en él súbitas incursiones, cuyo objeto único era la trata, el robo de jóvenes notables por su belleza. Los puntos de embarco eran Massaua y Souakim: la bandera inglesa parecia proteger ese tráfico innoble, puesto que no lo impedia pudiendo hacerlo.

Kassa devolvió á sus enemigos ojo por ojo, diente por diente. Feliz en sus pequeñas espediciones, distribuia todo el botin á sus hombres, no conservando nada para él. Tenia altas miras. Su tropa se aumentó, y el mismo se nombró gobernador de las fronteras. Su independencia absoluta hizo sombra á la corte de Gondar. Oisoro, la verdadera soberana de la Amahra, envió tropas contra él, y, para asegurarse de la fidelidad de sus generales, mandó con ellos á su hija Tzoobege.

En esas comarcas las mujeres tienen tanto valor como los hombres, y, sobre todo, más astucia. La jóven princesa contaba solo quince años. Desde todo punto de vista era una niña admirable, pero la belleza de su alma era mayor que la da su cuerpo, incomparable, sin embargo. Corazon recto, juicio sano: generosidad inagotable, era el ídolo de la poblacion de Gondar y del ejército entero.

En vez de encontrarse con Kassa las tropas de la reina Oisoro, hallaron en su camino el cuerpo del ejército egipcio, comandado por el gobernador del Sudan Mouca-pachá el *invencible*. El tambien perseguia el mismo objetivo, la captura del terrible montonero.

Mouca-pachá, creyendo tener en su presencia el jóven jefe, quiso aprovechar su superioridad númerica y temeroso de que, á favor de la noche, se escapase, comenzó el ataque inmediatamente. El combate fué encarnizado. Los abisinios sorprendidos al ver un ejército musulman, cuya existencia ni siquiera sospechaban, se turbaron un poco; pero, escitados por las palabras de la intrépida Tzoobege, que recorria las filas en medio del fuego de los tiradores, recobraron en breve su energía y combatieron valientemente. Aplastados por el número, fueron puestos en derrota y la princesa cayó en poder de los vencedores. Mouca-pachá emprendió con su botin el regreso al Sudan. Kassa lo espiaba. Sus centinelas avanzados lo tenian al corriente de la situacion del enemigo.

Imitando el ardid de guerra puesto en práctica por Anibal en los tiempos pasados, Kassa habia pedido á los *Bazens*, sus aliados, dos mil toros ó bueyes de los mas fuertes. Habia hecho rodear por sus mil trescientos ginetes esa enorme tropa de ganado, no dejando libre mas que el frente dirijido

hácia el campamento egipcio; en los cuernos de cada animal habian atado gruesas ramas de madera resinosa á las cuales pusieron fuego.

En esta página de historia palpitante de interés, se une el mas esquísito de los idilios à la mas espantosa destruccion.

El ejército ejipcio estaba exterminado, solo la retaguardia en donde se hallaban los prisioneros abisinios reservados, venta, se encontraba, segun el uso, algo alejado del campamento y por consiguiente fuera de la zona devastada. Tzoobegue, cautiva, seguia con sus compatriotas á los implacables vencedores; estaba pues encerrada en esa fraccion del campamento, que no habia sído diezmada. Mouca, seducido por su maravillosa belleza, la reservaba para su harem, y la habia confiado á la custodia de dos negros, los confidentes y emisarios de todas sus orgías. Al salir el sol, el general abisinio se apercibe de que esa retaguardia no ha seguido la suerte comun y se dirige á ella para terminar su obra. Tzoobegue, no haciéndose iluciones sobre la suerte que le esperaba, habia resuelto salvar su honor á todó precio. Como todas las mujeres de Abisinia, llevaba consigo un puñal envenenado con la ponzoña de la cerasta. Una simple picadura mata en pocos instantes, sino se emplea inmediatamente la succion, mortal, casi siempre, para el que la opera.

Asi armada, marchaba con resignacion, llena de confianza en la providencia de la Abisinia, la reina de las vírgenes. Durante la derrota, los dos negros no se habian alejado de su puesto; pero, cuando la muerte acudió por todos lados, creyéronse libres. Exaltados por la belleza de su cautiva,

aproxímanse á ella para abrazarla. Pero la jóven estaba alerta; retrocediendo vivamente y apoyando sobre su pecho la punta del puñal, ella les decia con energia:—«Un paso mas y me mato"—"Si, lo sabemos; pero antes que mueras, serás nuestra". Lon negros se adelantan, el puñal se hunde y sangre de la virgen corre. Túrbanse los dos mónstruos, hesitan; despues, arrebatados por el aguijon de sus deseos, se precipitan sobre la princesa.... y sus dos cabezas caen por tierra.

—Gracias, guerrero de mi pais, dice Tzoobege, gracias; pero es demasiado tarde.

Y la niña se saca el puñal de la herida.

—No,—responde Kassa, pues era él. Y arrojándose sobre ella la aprieta fuertemente entre sus brazos. Ella adivina su generosa intencion y esclama:

—Detente, vas á morir inútilmente.

—Tal vez; pero habré cumplido mi deber.

Y á pesar de la resistencia de la jóven, aplica sus lábios á la herida, aspira el veneno que no ha tenído aun tiempo de entrar á la circulacicn, y Tzoobege se salva. Pero él se inclina en breve, pierde el conocimiento; le hacen tomar sin demora el contra-veneno mas enérjico, la *serpentaria*, y sus soldados desolados lo trasportan á su cuartel general.

Tzoobege le prodiga los mas conmovedores cuidados hasta su curacion.

Kassa fué proclamado génio y sucesor del Négus en 1853. Consagrado emperador por el patriarca, el 7 de Febrero de 1885 tomó el nombre de Theodoro II.

(*La Revue Française*).

El soldado italiano

Se ha dicho que Italia iba á la Abisinia á luchar no contra los hombres, sinó contra los elementos; contra montañas de carne y de hierro;—contra pestes y calores tropicales y acechanzas y maldades. Todo eso es cierto; la obra que ninguna nacion se animó á hacer la emprendieron los italianos. Verdad es que los soldados italia os, leones que derribaran el poder del titulado monarca que se sienta sobre las siete colinas, valen tanto como los mejores. Sino oigamos lo que dice de ellos el profúndo escritor español *Ortega Munilla*:

Iban los soldados de la Humbria y del Veneto á luchar bajo un cielo tórrido, en el desierto. Pueden las armas que ha inventado la nueva ciencia guerrera destruir al enemigo, cuando el número del contingente que este ofrece cae dentro de los límites de lo racional. El fusil Debel de los franceses, puede hacer tantos disparos por minuto como es preciso para tener á raya á treinta hombres; pero en Abisinia, por cada italiano que enviaba el gobiernó de Roma, presentábanse 400 salvajes, sin mas defensa que el desnudo pecho, sin mas armas que las lanzas y arcos de las antiguas guerras homéricas.

No era ya la lucha del hombre contra el hombre, ni de un hombre contra diez, sinó de un hombre contra una legion numerosísima, producto de una raza prolífica en extremo, que ofrecía carne y mas carne para que en ella se

cebasen y embotáran los machetes italianos, triunfando al fin, no por la propia victoria, sinó por el cansancio de los enemigos.

Unase á esta insúperable diferencia numérica de los combatientes, el sol que abrasa, la fiebre que invade el organismo y llena los hospitales de enfermos, las dificultades de comunicacion, la falta de medios de subsistencia, la tristeza de una campaña larga y sin término vísible, la falta de resonancia de las victorias, y se comprenderá como Italia désmayó desde un principio y solo por amor propio nacional, sostuvo una contienda en que podia ganar poca cosa, y perder ciertamente, á diario, centenares de vidas y rios de oro.

La derrota de Dogali, màs que derrota fué sorpresa. Nada padeció con ella el orgullo italiano, nada sufrió en su justa reputacion el intrépido bersagliero, ni el soldado de línea, que une á la íntrepidéz meridional, el aplomo y la disciplina de las razas militares del norte.

No era luchar contra hombres, era luchar contra elementos, no era una contienda en que el heroismo del soldado legendario se pusiese á prueba, ante el heroismo de otro soldado, ni tampoco esa lucha científica moderna, que inició Federico de Prusia, y que ha elevado á su más alto alcance y á su más ilustre desarrollo el dinamarqués Moltke; era la lucha entre una expedicion de valientes y una nacion numerosísima que defendía su tierra, y para defenderla empleaba el arma más poderosa de todas, el número.

Por la originalidad de su traje, por lo famoso de sus hechos, por la fisonomia general de su táctica, ocupa el lugar primero entre todos los cuerpos del ejèrcito italiano,

el bersagliero. Parécese algo al fantasin francés, mucho más al cazador Español. Tiene de este último la ligeresa de movimientos, y, como él, ocúpase principalmente en la guerra de guerrillas, en las emboscadas y en las otras formas de la antigua lucha legendaria, que aún queda en los modernos procedimientos de combate.

El bersagliero causa, al que por primera vez visita á Italia, una impresion extraordinaria de curiosidad y de simpatía. Sus anchos pantalones azules, sus zapatos negros, cubiertos de blanca polaina, su corta chaqueta, azul tambien, y de dorados botones, la esclavina que cubre sus hombros, no llegando sinó hasta la altura del cinturon, el redondo y negro sombrero de hule, y sobre todo, el adorno de plumas de gallo, que le prestan sombra, constituyen una silueta romántica de combatientes de las guerras del imperio, que apenas si pueden armonizarse por un esfuerzo de la realidad, ante las correctas masas de la moderna táctica, uniformadas con severa austeridad.

El bersagliero italiano es la presentacion en la guerra de lo imprevisto, de lo fantástico, del golpe de mano audaz, de la marcha rápida é inverosimil, de la sorpresa, de la emboscada, es algo de lo que en España se conoce con el nombre del general «no importa», el amigo del azar mezclándose con las sabias combinaciones de la guerra, el Moltke, la intervencion de un Deusexma chino, novísimo en los planes madurados por el erudito estado mayor, y por los sábios ingenieros de todos los ejércitos; algo que no se parece en nada á la brutal carga de batalla, ni al matemático despliegue de una ámplia y triple fila de artilleria, disparando al aire sus piezas de hierro enrojecidas por la explosion.

Los primeros italianos que entraron á Roma por la brecha de la puerta Pia, el 20 de Setiembre, fueron bersaglieros. Algunos de los que, osadamente, hicieron irrupcion por la estrecha abertura que en los muros de la Roma papalina hizo el cañon de Víctor Manuel, p rdieron su vida, y es fama que los cadáveres de aquellos valientes, tenían asidas, con tal firmeza, en horrenda crispadura de la muerte, sus armas, que costó mucho trabajo separarlos de ellas, y aún se cita el caso de uno á quien fué necesario cortar los músculos de la primera falange de los dedos, para que dejara escapar el fusil. Este hecho puso de moda á lcs bersaglieros.

Se les amaba como el símbolo de la nueva nacion, que acababa de nacer, y esa crispadura nerviosa con que unían sus manos al fusil que les había entregado la patria, era algo así como la representacion física del estrecho abrazo en que todos los italianos se habían unido en torno á la ciudad, reconquistada para la Italia.

Aventuras de 100 italianos

La madrngada del dia cinco de Diciembre, fué saludada por los clarines del ejército italiano, en las inmediaciones de la llanura de Ailet,—junto á un brazo de Nilo de magestuosa corriente.

La vuelta de la aurora anunciaba el retorno de las pesadas tareas de la guerra.

El paisage lujuriante pasmaba el ánimo; las chozas de las

regiones comarcanas se veian abandonadas por completo; sín embargo, la víspera, el ingeniero Tostoi, habia dícho al General San Marzano, jefe de la divísion de operacíones en Africa: no hace mucho que aquí han estado los abísinios; alguna partida de Ras Alula ó Menelik, debe haber pasado por estos lugares, y al mismo tiempo miraba el monte Komén, que se estendia á lo lejos como una faja de verdura.

—

Al ponerse en pie los soldados, despues de haber dormido dos horas se restregaban los ojos soñolientos. Pronto, todos estuvieron listos y se emprendió la marcha en busca de gloria.

Horas y horas caminaron, los vigorosos bersaglieros y la gente de los demás cuerpos. Marchaban cargados de bagajes, con las armas á discrecion, quien cantando algun aire de la patria, quien fumando el largo *toscano*, conservado en las maletas como una prenda, quien pensando en el último *Adío!* de la madre, de la hermana, de la esposa ó de la novia.

—

Como á las cuatro de la tarde el ejército acampó entre dos montañas; la artilleria se colocó mirando á todos los puntos del horizonte.

—

El capitán Cárlo Demichi, esbelto oficial de la campaña de Roma y su amigo de colegio, el veneciano Giovanni Zerbi, capitan tambien, fueron llamados, á las cínco de la tarde por el General, y, al caer la noche, al frente de uua compañia de bersaglieros, formada de noventa y ocho hombres

con dos piezas de artillería, y llevando cuatro guias abisinios, se alejaron del campamenro.

Habian recibido orden de recorrer el territorio Sud oeste y de regresar á los tres dias.

—

Toda la noche se marchó; á las 9 de la mañana del dia 6 —el guia Luveco, anunció que faltaban tres horas para llegar á la aldea de Teraut.

Despues de acampar, y de formar pabellones con los remingtons de repeticion, Zerbi y Domichi, charlaban alegremente, sin suponer que muy de cerca los acechaba un peligro.

Si hubieran observado atentos, habrian notado que el viejo sargento Masini, con el fusil montado, á cuatro cuadras mas ó menos de la carpa, como el fiel perro, que mientras el dueño descanza le guarda la vida, espiaba por el lado de los carrisales.

En efecto, Masini habia notado movimientos á lo lejos, habia mirado inclinarse el pasto de un lado y de otro, y el pasto alto de la llanura no podia moverse sin viento. Luego, leones ó abisinios andaban por allí. Es mas posible que fueran estos que, se aproximaban agazapados.

—

Quien sabe... decia Domichi á su compañero, yo desconfio de los guias; estos abisinios son el diablo, hay que abrir el ojo.

No tengas cuidado, le replicaba Zerbi;—preocupémonos de pelear, que despues, en lugar de esta maldita carne de caballo, comeremos manjares....

Si manjares!!. y balas mi capitan.

Era el sargento Masini que acaba de presentarse.

– Como es eso, mi sargento dijo Zerbi, echándose á reir francamente.

—Yo le juro, le aseguro, mi capitan, que tenemos cerca los abisinios.

—Bah! Bah! Bah! siempre lo mismo, tu no ves otra cosa que abisinios,—las ganas que tienes de romperte el alma con esa gente, hacen que la veas por todas partes.

—

Bum! bum! punnn! tac tac!! hicieron los primeros tiros á lo lejos y antes de que Masini respondiera y los centinelas se dieran cuenta, dos ó tres balas pasaron cerca.

Los tiros se oian á una media legua;—las dos ó tres balas eran de gente que no andaba lejos.

En menos de dos minutos, los los soldados italianos estaban tendidos en guerrillas, barriga en tierra, esperando al enemigo.

Este no tardó en presentarse en una colina;—la colina negreaba.

Arrastrándose los pocos valientes tomaron buenas posiciones y al poco rato rompieron el fuego. Los abisinios pelearon un rato, llegaron á tres cuadras de los italianos con las banderas desplegadas;—eran mas de dos mil.

Se retiraron y despues volvieron.—Sin duda querian hacer alguna traicion.

Volvieron, dijimos, caracoleando y dando gritos—y tal fué su ardimiento, que llegaron en columna mas cerca que en el primer ataque. Enton ces Domichi hizo hablar á los cañones, y la metralla rompió aquellas filas de carne negra;—os solda dos, ya en pié, apuntaron con una serenidad asom-

brosa. Las balas llovian; el sargento Masini, con una pierna herida gritaba: viva Italia y mataba negros que daba gusto.

La voz de los cañones habló poco, por que haciendo remolíno aquella gente bárbara se dispersó; luego volvió como una ola enfurecida y con arma blanca llegó hasta los cañones que los mataban como moscas.

—

A las dos horas se acabó el fuego y los dos capitanes recorrieron el campo. Aquí se veian brazos destrozados, allí piernas aventadas, allá cabezas deshechas, armas rotas, banderas en girones;—tambien encontraron un hermoso cadaver, vestido de rojo; vestido de la cintura para abajo, con brazaletes de oro, collar de pedreria preciosa, caravanas de oro tambien, y un anillo que le atravesaba la nariz. El muerto era algun Jefe.—Tenia un balazo en la region frontal y otro en el maxilar derecho. Todo indicaba que se trataba del jefe de una pequeña tribu—despues se supo que era así—Era de la tribu Asmuke, de la gente de Menelik.

—

Los heridos enemigos se recojieron y se curaron; entre ellos se encontró al pícaro Lureco, medio muerto de miedo, y con un *granito de arroz* en el cogote. Confesó que el y los otros tres guias habian sido traidores. En vez de fusilársele se le perdonó la vida. Los expedicionarios tuvieron tres muertos y catorce heridos.

Sin guias los italianos quedaron perdidos.

—

Así anduvieron varios dias, con poco golpe de aventuras; de noche se guiaban por las estrellas; de dia habia que descansar por el calor insoportable.—El 13 de Diciembre por la noche el sargento Masini, avistó luz;—eso en el desierto

quiere decir que hay gente cerca. Nuestros héroes tomaron esa luz por guia y al amanecer supieron que estaban en las puertas de la ciudad de Bonasum,—residencia del monarca Mangabar, pariente de Tacle Aimont,—En son de guerra fueron recibidos; se peleó cuerpo á cuerpo; cada italiano contra veinte bárbaros.

La ciudad de Bonasum estuvo sitiada tres dias, al cabo de los cuales, los dos cañones hablaron, consiguiendo abrir brecha en el mismo palacio real. El dia 16 á la tarde Zerbi y Cárlo Domichi, penetraban con sus soldados victoriosos en la ciudad; pero, para tomar el palacio real se peleó toda vía; cuerpo á cuerpo y cara á cara.

En el ardor del asalto, la espada de Zerbi, luchaba contra un monton de negros, como lucha el leon contra los perros; el mismo Mangabar los asusaba y el valiente capitan hubiera perecido de un mazaso, si la espada del teniente Pintacorbi no viene á cortar el brazo asesino.

Los italianos sudaban y sudaban sangre; mas al fin, Domichi, que habia atacado por un lado poco defendido al palacio y fortaleza, consiguió meterse en él, y darles una carga por la espalda á los cortesanos.

Allí fué que las espadas se cansaron de cortar carne y las bayonetas de atravesar pechos desnudos; la sangre humeante, la espuma blanca que se veia caer de la boca de los embravecidos hijos del desierto, y el recuerdo de las glorias italianas de otras edades, y sobre todo el recuerdo de Scipion el africano, que con su brazo mató un pueblo y resucitó á otro, llenaban de legítimo ardimiento á los italianos. Por otra parte, si no vencieran se les hubiera dado una muerte mil veces mas dolorosa que la que se puede recibir en el ardor de

la pelea, cuando uno no hace caso de la vida y trata de matar ó de que lo maten.

—

Al poco rato la bandera italiana, orgullosa de tener hijos tan valientes, flameó en la cima del palacio de Mangabar, en la ciudad de Bonasum.

Este combate fué glorioso, pero costó caro; el pequeño grupo de valientes quedó reducido á sesenta y cuatro hombres. El rey quedó prisionero y manifestó que ni los sudaneses, ni Ras Alula, en otros tiempos, ni nadie, lo habían vencido.

Las mujeres cautivas en el harem del rey, recobraron su libertad,—Muchas de ellas quedaron enamoradas de los italianos, que si saben ser héroes, tambien saben apreciar á la mujer en lo que vale, y que si suelen ser temerarios como Corbulon, Camilo, los Fabios, Garibaldi y Oberdank, tambien suelen ser tiernos y apasionados como Romeo y los trovadores medioevales.

Téngase en cuenta que las abisinias tienen sangre árabe y egipcia, y que, por ser hijas del desierto, son ardientes, es decir son bellas y apasionadas, y solo así podremos darnos una idea del cariño que sentirían por los hombres blancos, en cuyas venas circula sangre meridional tambien, sangre que en los combates es fuego y pólvora encendida.

Nuevos combates

Sabedor Ras Alula, el poderoso y valiente Jefe abisinio,

brazo derecho del Negus, y probablemente el génio llamado á sucederle, en el manejo de las cosas del imperio, de que la ciudad de Bonasum había sido asaltada y abatida por nuestros héroes y hecho prisionero el rey Mangabar, tomó rumbo á ella, con un poderoso ejército, que, por lo inmenso, se parecía á un mar de cabezas, con olas de acero bruñido.

En la noche del 17, los centinelas italianos cojieron á 3 espías, en los campos que circundan á la hermosa ciudad; mas, ni por las insinuaciones amistosas, ni con violentas amenazas, consiguieron saber de aquellos lábios, que Ras Alula, el terrible Ras Alula, se aproximaba con su mar de guerreros.

Así es, que muy deveras, quedaron sorprendidos al ver á las doce del dia, cuando el sol abrazaba la llanura y los árboles se mostraban mústios por el calor, en el horizonte lejano una masa confusa, semejante á esas inmensas hileras de aves que en invierno, en los climas templados, se ven cruzar el espacio.

A las tres de la tarde se percibieron claramente las banderas y los elefantes de los enemigos, que, al anochecer, pusieron cerco á la ciudad de Bonasum.

—

E[illegible] lado accesible de la plaza colocáronse las dos piezas de artillería, comandadas por el [illegible] Vionini, á cuyas órdenes quedaron diez soldados; en las demás partes se diseminaron cuarenta hombres, en prevision de que intentaran una sorpresa los de Ras Alula. Zerbi, Domichi, Pintacorbi, el teniente Zaneleti y el alferez Buena Roca, deliberaron las medidas que se debían tomar. Quién [illegible] ría quedarse en la

ciudad, y morir en ella; quién atacar á los enemigos, quien por último intentaba, en esa misma noche, pasar por entre los abisinios y sostener una retirada gloriosa.

Por último, se acojió la idea del capitan Zerbi, que era esta:—salir por el lado E. de la ciudad, sitio escarpado y montuoso, donde apenas habrían unos cuantos centinelas.

—

Los fogones encendidos en el campo de Ras Alula, es decir, en torno de la ciudad, á una media legua, anunciaban que la gente del país no dormía; pero con todo, á las doce de la noche, mas ó menos, la pequeña tropa, atravesó las calles de la poblacion, triste y dormida, y por el lado Este, ganó la inmensa planice en declive, que se estendia delante, solicitaría y sombría. Ya era hora, pues cinco minutos despues una porcion de descargas atronaban el aire, y, ébrios de ira los abisinios penetraban en la inerme y abandonada ciudad, y en vano buscaban en todas partes á los hijo de Europa. La rabia, la desesperacion, de Ras Alula fué estrema al verse burlado;—con todo, previsor, contuvo su gente y no la dejó derramarse en la llanura.

—

Entretanto, guiados por la luz de las estrellas, lámparas solitarias [illegible] vacío, los italianos seguían la marcha forzada, con el oido atento á los rumores lejanos.

Así pasaron dos días.

Al cabo de ellos [illegible] puñado de hombres, se asiló en unas peñas; Ras Alula los seguía.

Charlaban los capitanes Zerbi y Domichi, con el rey negro prisionero, cuando el sargento Masini se presentó diciendo: [illegible]

Viva Italia! Los abisinios están cerca!

¿Los abisinios? exclamó Mangabar, que sabía pronunciar algunas palabras en italiano. Y en su rostro brilló la expresion de una comprometedora alegría.

Cane maledeto! Gritó furioso, el viejo sargento, y piensas que te nos vas á escapar?

Y á no ser por Zerbí, que lo detuvo, nuestro viejo, le hubiera arrancado el bigote al rey africano.

Resguardado, entre el pedregal, estuvo el grupito de italianos y muy de cerca vió pasar á los enemigos, en columna cerrada. Ras Alula, brillando como un sol, marchaba en el centro del ejército, ginete en un bravo corcel de Àrabia, y, junto á él, un monton de Jefes, llenos de colorinches.

Pasaron y pasaron tropas; y á cosa de media legua les dió por acampar y acamparon.

Ante la realidad del hecho, Domichi, Zerbi] y los demás oficiales, resolvieron atacar al enemigo y á no hacerlo así, en breve serían descubiertos por los bomberos abisinios; el monton de rocas aisladas en la llanura era un paraje delator

Con que así, se prepararon los cañones, que en breve se hicieron escuchar y llevaron el terror al campamento enemigo.

Mas, no por eso Ras Alula dejó desorganizar á su gente y al poco rato cruzaba una granizada de balas, dardos y pie· piedras sobre los peñones bravíos.

La lucha fué tenaz y dura, y llegó el momento en que la *oleada negra* avanzó hasta el mismo pié de los cañones y tuvieron que funcionar los machetes. Aquello fué una carnicería espantosa; un picadillo de carne humana.

El sol abrazador caldeaba los rostros; los italianos fatigados, hacían fuego, resguardados por las peñas; Zerbi invoca·

ba el nombre de la patria, Domichi sostenia su bandera y todos, como verdaderos atletas, detenían aquella marea, aquel vaiven, aquel empuje prepotente de veinte mil hombres.

—

Al fin, con la llegada de la noche, se acabó el fuego, y gracías á Dios, los hijos del desierto cansados por tan larga lid, no trajeron mas cargas á nuestros heroes, á quienes ya faltaban las municiones.

Cansados como estaban, muertos mejor dicho, con un poco de espíritu, que animado por el amor de la pátria se conservaba en el cuerpo, los escasos valientes resolvieron emprender otra vez la retirada. Pero ¡como! si estaban rodeados por todas partes.

—

Un cañon había reventado durante el fragor de la pelea y al otro se le quitaron lar piezas indispensables y se le clavó en tierra boca abajo.

Despues, cuando la Osa Mayor, constelacion polar, se percibió lejos al norte, el peñascal fué abandonado, y alli bajo aquel cielo pesado, se dejaron diez y ocho muertos queridos; entre ellos al valiente Buona Roca—Todos fueron amontonados y cubiertos de tierra fresca, para que no los devoraran las águilas salvajes ó los cuervos voraces.

Un fusil, con una espada atada á la altura de la boca de aquel, fue la cruz que se colocó, junto al lecho de muerte de los generosos hermanos, lecho regado en la postrera hora con lagrimas y sangre, flores del corazon, muy mas preciadas que las flores de la tierra.

—

Silenciosamente recibieron los soldados italinos la órden de ponerse en marcha. Se revisaron las cartucheras y se encontró, que el que mas, tenia doce balas.

Partieron.

Llegaron junto á la doble fila de abisinios que los custodiaban y estos por temor ó respeto les abrieron paso, y sin disparar un tiro vieron alejarse aquellos héroes.

—

Al cabo de doce dias, en el último dia del mes de Diciembre, las banderas italianas flameaban movidas por una leve brisa en el ejército de operaciones;—había alegría en todos los rostros; entusiasmo en todos los corazones; es que el himno itálico llenaba el aire, y los hermanos, los tantos dias ausentes, por los cuales ya muchos lábios rogaban al cielo y muchos ojos se humedecían, acababan de llegar al campamento, flacos, demacrados, llenos de heridas, si, pero cubiertos de gloria, y con la bandera querida hecha girones por el plomo africano, y oreada por el humo de las batallas.

Pero si hubo alegría, tambien se dió por un momento rienda suelta al dolor, al tenerse noticia, de que lejos, quedaban los cadáveres de algunos valientes caidos en lucha digna de los héroes antiguos, y rememorando el nombre querido de la pátria.

En breve le seguirá otro folleto.

